



La Santa Sede

ALOCUCIÓN DEL PAPA JUAN PABLO II A LOS ALUMNOS DEL PONTIFICIO COLEGIO NORTEAMERICANO

Jueves 13 de marzo de 1997

*Eminencias;
excelencias;
queridos sacerdotes y seminaristas:*

Me complace dar la bienvenida *al Comité episcopal, al rector, al personal, a los seminaristas y a los sacerdotes estudiantes del Pontificio Colegio Norteamericano*. Desde su fundación por el Papa Pío IX, vuestro Colegio ha mantenido siempre estrechos vínculos espirituales con el Sucesor de Pedro, y esto ha contribuido en gran medida a fortalecer el carácter católico y universal de la Iglesia en vuestro país. Ahora, en el umbral del tercer milenio cristiano, el Colegio está llamado a enviar nuevas generaciones de sacerdotes imbuidos de profundo amor a nuestro Señor Jesucristo, celo por la propagación del Evangelio e intenso sentido de la tradición viva de la Iglesia.

Este año se celebra el 150° aniversario de la consagración de Estados Unidos a la protección de la Inmaculada Concepción, a la que está dedicado también el Colegio. Pido a Dios que el Comité episcopal, que está aquí para evaluar el trabajo realizado en el Colegio a la luz de la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* y del Programa de formación sacerdotal, aprobado recientemente por la Conferencia episcopal, apoye y también promueva la gran herencia formativa del Colegio.

Pero, sobre todo, depende de la facultad y de los estudiantes el dar vida al programa de formación sacerdotal. Hace diecisiete años tuve la alegría de visitar vuestro Colegio y celebrar la eucaristía en su capilla, dedicada a María bajo la advocación de la Inmaculada Concepción. Os renuevo el llamamiento que hice entonces: Meditad, como María, la palabra de Dios en vuestro corazón todos los días, para que toda vuestra vida sea una proclamación de Cristo, la Palabra hecha carne (cf. *Homilía*, 22 de febrero de 1980). De ese modo, seréis los sacerdotes y apóstoles

que la Iglesia en Estados Unidos necesita en el umbral del nuevo milenio.

Imparto cordialmente a toda la comunidad del Colegio mi bendición apostólica como prenda de alegría y paz en el Señor.